

MONOGRAFÍA HISTÓRICA DEL CASTILLO DE JARANDILLA

LA VERA

«Jardín de Extremadura» denominan algunos con justa razón a la región de la provincia de Cáceres que, formando plano inclinado, se extiende desde la alta sierra de Gredos a la orilla del Tajo, y que ocupa gran parte de la cuenca del Tiétar, hasta la desembocadura de éste en aquél.

Complicado e interesante es el relieve de este suelo: tiene su origen en la sierra llamada de La Vera, estribo de la de Gredos, de la que se aparta en el cerro de Medianil, límite de Cáceres y Avila, y que tomando luego la dirección Noroeste-Suroeste alcanza sus mayores alturas en el cerro de la Cueva de Fuezo, del término de Madrigal; además, Majalviezo y los serrijones del Guijo y de Tormantos unidos, forman divisoria entre las cuencas del Tiétar y el Jerte.

Ambas pertenecen al terreno granítico en su mayor parte. Consecuencia de la desigual facilidad que presenta el granito a la descomposición, son los grandes canchales angulosos y confusamente amontonados que la vertiente de la cuenca del Jerte nos ofrece. En ciertos sitios el terreno se hace anfibóli-

fero, como sucede en el puerto de Tornavacas, donde su mica, bronceada y plateada, está esparcida con profusión en finísimas partículas. Forma el tránsito a una sierrita donde predominan el cuarzo y el anfíbol, éste en cristales negros y aquél en granos hialinos y gris azulado, del aspecto de una resinita; su mica, repartida en hojuelas microscópicas, contribuye a dar a la roca un brillo especial.

Las variaciones de textura, color y demás caracteres del granito llegan a un punto muy notable, como se ve a dos kilómetros al Norte de Plasencia, donde se presenta con grano grueso, pasando a porfiroide compacto y muy tenaz de color gris más o menos oscuro. En La Vera y en el valle del Jerte, vense insignificantes vetas de galena argentífera con blenda.

No menos compleja que la orografía es la hidrografía de La Vera, cuyo estudio nos ocupa. El río principal que la riega es el Tiétar, que corre abundantemente desde la dehesa «El Rosarito», engrosando su caudal con el agua de cristalinas fuentes y gargantas. De éstas las principales son: la de Alardos, que en dicha dehesa se le une, y que baja de Gredos entre Candeleda y Madrigal; las de Minchones y Gualtamínos, del término de Villanueva; las de Río Lobos, Valverde y Río Moros, del de Viandar; la del puerto de Cuacos, que del de Navalanguilla pasa a la vega del Corcho, entre Losar y Viandar; la del Parral, al Oeste de Jarandilla, que en sus formidables avenidas ha arrastrado bloques graníticos de enorme tamaño.

En la dehesa «Galapera», más abajo de Torremenga, reúnen muchas gargantas, que pasan por los términos de Aldeanueva, Jarandilla, Cuacos, Garganta la Olla y Jaraíz. Todas son perennes y de frondosas laderas. Entre sus fértiles vegas descuella por su riqueza la del Cincho, que ocupa considerable extensión, y en la que existe, sobre todo en la temporada estival, una población que puede asegurarse es mayor que la de los pueblos inmediatos. Debe su nombre a la

Virgen que en aquellos lugares veneran con el de Nuestra Señora del Cincho, cuya santuario está situado junto a la garganta de Cuacos, distante 15 kilómetros de Jarandilla, donde se celebra su fiesta el primer domingo de agosto, acompañada de concurrida feria.

Reseñadas brevemente la orografía, composición del suelo e hidrografía, digamos algo sobre su producción.

Es tan fecundo el terreno en La Vera, (1) «que no hay palmo de tierra ociosa ni holgazana; todas fructifican y ninguna descansa.»

Unido esto a la abundancia de agua, la vegetación es variada y exuberante en muchos sitios. Las alturas se hallan pobladas de castaños, y los bajos y quebradas de viñas, guindales, cerezales y moreras. Son famosas las cerezas mollaras por su extraordinaria abundancia y exquisitez. Se dan casi todos los árboles frutales, y así se ven los cermeños, camuesos y albéchigos, no escaseando tampoco los perales, melocotoneros y membrilleros. Hay muchos prados en los que pasta gran cantidad de ganado, destacándose el vacuno, lanar y cabrío.

No azotan a esta región ni las ardorosas llamas del estío ni las heladas frías del invierno, siendo por lo tanto su clima excelente. El plano inclinado que forma La Vera tiene una extensión de 76 kilómetros de longitud por 20 de latitud en la parte central, y como tendidas al sol se distinguen algunas pintorescas poblaciones cuya altura oscila entre 500 y 600 metros. Esta comarca y otros territorios limítrofes formaban antiguamente la «provincia de La Vera en Extremadura», conservándose aún la división que entonces se hizo en Alta y Baja.

(1) *Amenidades, florestas y recreos de la La Vera Alta y Baja en la Extremadura*, por D. Gabriel Acedo de la Berrueza.

JARANDILLA

Enclavada en la «Suiza Extremeña», calificativo que también se aplica a la región descrita, se encuentra la villa de Jarandilla, cabeza del partido judicial de su nombre. Deliciosa campiña rodea este poblado, cuyo origen es muy discutido. Unos dicen fué fundado en el 764 (antes de Jesucristo) por los griegos del Epiro, y según P. Apiano, cosmógrafo excelente, y Genmasí, gran matemático, en unas descripciones que hacen de las provincias de España, dicen se fundó dos mil años antes de nuestra redención. Otros creen es del tiempo de los romanos, y que la llamaron *Municipium Fluvium Vivertorum* (¿manantial vivificante?), lo que parece tiene algo de veracidad, por suponerse que la ermita de Nuestra Señora de la Berroca, ya derruída, era un templo dedicado a la diosa Palas.

A pesar de todas las opiniones, el nombre de la villa es arábigo, como arábigos son también los de sus gargantas y algunos pueblos vecinos. Situada Jarandilla entre dos gargantas, Jaranda y Jarandilleja, y en la falda de una gran sierra, parece estar defendida por tales accidentes geográficos, que impiden cuanto pueda perjudicarla; en verano, suavizan los rigores de Febo, que tanto abrasa en Extremadura; en las estaciones intermedias, el paisaje es encantador, particularmente en primavera, durante la cual se conservan las nieves en la cúspide de la montaña y los árboles en flor aromatizan el ambiente, ofreciendo un aspecto y cuadro digno de los mejores pinceles. El invierno tampoco es riguroso, por lo que su clima es excelente en cualquier época del año.

De edificios cerrados y calles estrechas y rectas se compone el pueblo, que tiene como monumento notable la hoy ruinosa iglesia parroquial, antigua fortaleza de los Templarios, que se yergue majestuosa en la plaza. Lleva el título de

Santa María de la Torre; está cimentada sobre una roca, en la cual se ha labrado a pico la escalinata que le da acceso, por lo que sus muros tienen una consistencia extraordinaria. Tiene mina y contramina secreta, y su interior, espacioso, se halla dividido en tres naves de estilo gótico, lo cual parece indicar que procede del siglo XIV. La torre está separada del resto de la fortaleza; es de mampostería y sillería, con torreoncillos cuadrados. Por la parte de fuera, tiene esculpidos en peña blanca algunos escudos.

La ermita de Sopenrán, patrona de la villa, es otro edificio notable situado en un extremo del pueblo, que posee un magnífico retablo de estilo churrigueresco.

Fué Jarandilla aldea de Plasencia desde que Alfonso VIII señaló término jurisdiccional a esta ciudad, hasta el siglo XIV, en que con las luchas fratricidas de los hijos de Alfonso XI sufrió tanta desmembración el patrimonio real. En esta época, se la dió Enrique II a don Garci Alvarez de Toledo, en pago de la renuncia que del maestrazgo de Santiago hizo éste en favor de D. Gonzalo Mejía. A continuación perteneció a los Toledos, señores de Oropesa y luego marqueses de Jarandilla, uno de los cuales mandó construir allí un castillo-palacio para su residencia.

En aquellos tiempos tuvo Jarandilla un esplendor extraordinario; fué sitio de mucho movimiento político; en ella vivió el emperador Carlos V, desde el 14 de noviembre de 1556 hasta el 3 de febrero del año siguiente en que se retiró a Yuste, por cuya razón se le llamaba «La corte de La Vera». Hoy ha perdido gran parte de su antigua importancia.

Como cabeza de partido, cuenta con todos los centros que corresponden a la administración judicial.

Carece de vías férreas, pero actualmente está bien comunicada. La cruza la carretera de Plasencia a Oropesa, y otra que, recorriendo gran parte de La Vera Baja, va a Navalmodal de la Mata; dos servicios de coches-correos a Oropesa y

Navalmoral, y otros dos de la empresa «La Verata» a Plasencia. Además dispone de un despacho central para la facturación en ferrocarril.

Es Jarandilla, pues, un lugar ameno por la belleza de su paisaje, excelente clima, abundancia de frutas y carácter apacible y sencillo de sus habitantes.

La industria del pimentón, de reconocida fama, va sustituyéndose por el cultivo del tabaco, que proporciona con menos esfuerzo mayor rendimiento.

* * *

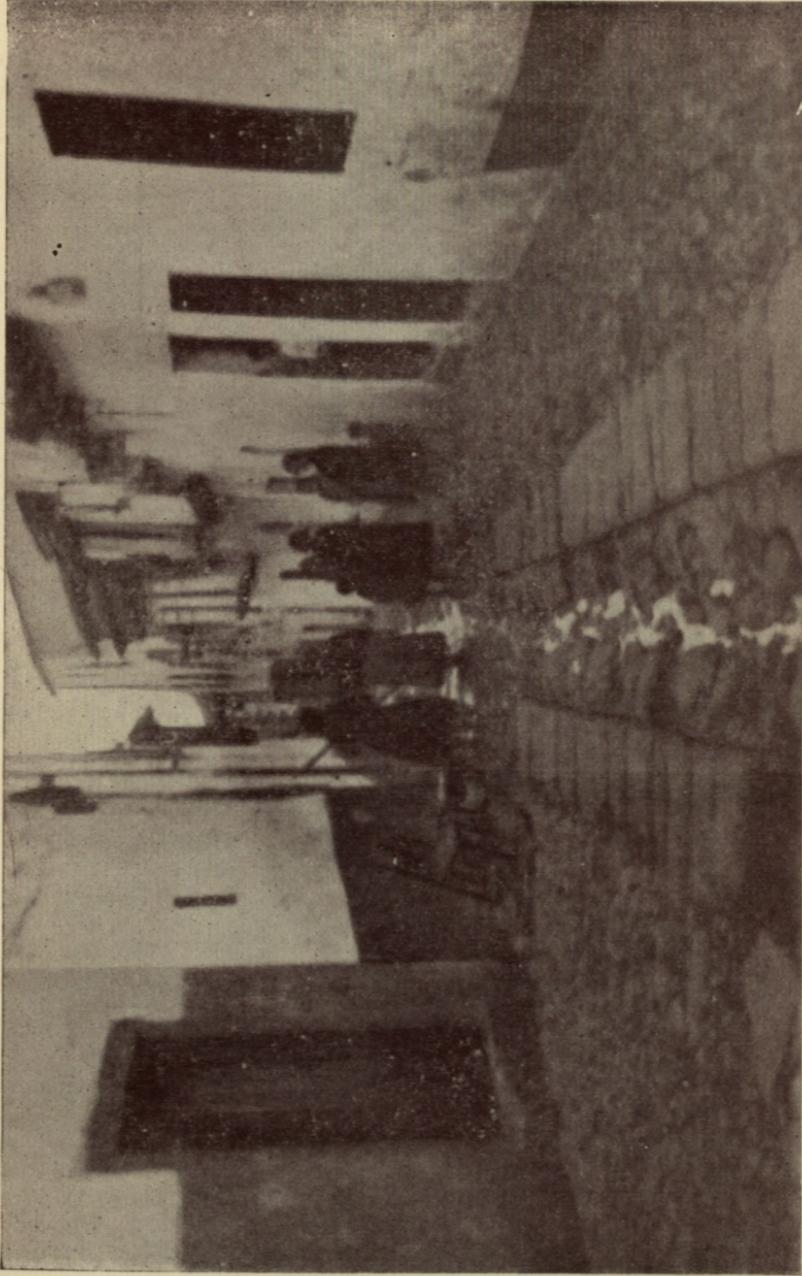
Al Norte del pueblo, y sobre una colina de poca elevación, se yergue majestuoso, como centinela que vigila y acecha el vivir de la villa, el magnífico castillo, que dibuja su silueta en la alta sierra del Guijo, fondo sublime para uno de los más escogidos pintores.

Todo viajero que va desde Plasencia a Oropesa por la carretera observará sorprendido, a la vez que entusiasmado, el panorama que se ofrece a su vista poco después de pasar de Aldeanueva.

Surge el castillo de Jarandilla como perla escondida entre las altas sierras que forman La Vera, las cuales, ufanas y temerosas de que se lo roben, le rodean por casi todos sitios, impidiendo sus altas cimas el que se vea desde gran distancia.

No es este castillo una de esas fortalezas medievales que, edificadas en elevadas cimas, atisban constantemente el enemigo, y que aisladas e incomunicadas impiden la llegada de un extraño. No; la construcción que estudiamos se aparta del tipo belicoso; es una de esas residencias señoriales tranquilas y sedantes; una «finca recreo», en vez de un lugar de luchas y de intrigas.

Separada del pueblo por la carretera de Oropesa, descu-



Una calle de Jarandilla

(Foto Díez)



Vista del pueblo, castillo y campiña de Jarandilla

brimos «La Aliseda», como los jarandillanos denominan la finca y castillo, antigua residencia de los condes de Oropesa, debido sin duda a la gran cantidad de alisos que la pueblan.

Circundan la feudal mansión dos murallas, desaparecida hoy en su mayoría la exterior y quedando muy poco de la interior.

Da entrada al castillo, que en su tiempo fué morada del emperador Carlos V, un puente levadizo, actualmente en buen estado de conservación, con sus dos cubos de argamasa en el quicio, sus troneras, dos puertas de hierro en forma de ojiva y una profunda cava salvada modernamente por un puente de mampostería. Penetremos ahora en el castillo, de perímetro rectangular, con torreones elevadísimos en sus vértices, cilíndricos los del Noroeste y Sur y cuadrangulares los opuestos.

Los redondos se unen por una galería o pasadizo almenado que mira al pueblo, coronando la fachada que contiene la puerta principal del edificio.

Pasada la puerta citada nos encontramos en la plaza de armas, cuadrada, con galería todo alrededor y doble arcada en el frente. En la arcada inferior se halla la escalera, que da acceso al primer piso, y en los laterales de la plaza las puertas de las distintas habitaciones y dependencias de la planta baja. A la izquierda de la entrada están las habitaciones que ocupó el emperador. Son espaciosas, claras y alegres, habiendo en una de ellas un mirador orientado al Oeste, desde el cual se domina vasta extensión de terreno, salpicada de bellísimos paisajes.

Reformados modernamente estos departamentos, aún conservan el nombre de habitaciones y mirador del emperador. Numerosas y faltas de interés para nosotros son el resto las dependencias.

En la parte posterior del castillo y separado del cuerpo principal se encuentra otro de construcción más reciente, re-

matado en sus esquinas por dos torreones cilíndricos, en uno de los cuales estaba la antigua capilla de la fortaleza.

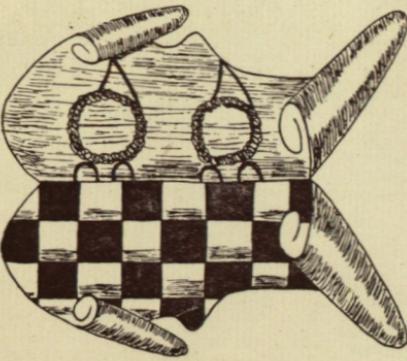
Próximo a los muros del castillo hay un hermoso estanque que sirve de espejo a la airosa silueta del edificio, y a los dueños de él de recreo y expansión, distrayendo sus ocios con la pesca, entonces tan en boga. Es de forma rectangular, y en el centro tiene un cenador, donde, según la tradición, cenaba el emperador cuando el tiempo lo permitía, siendo también tradicional que en dicho lugar se celebró un Consejo de ministros.

Por si los accidentes naturales fueran poco a defender el castillo, le rodean frondosos jardines poblados de corpulentos árboles, variados arbustos y delicadas flores, que le envuelven como un manto protector y dificultan su vista a gran distancia. El aroma de sus vergeles perfuma el ambiente y los surtidores y fuentes dan frescura en abundancia.

Restaurado hace poco, se halla en buen estado, habiendo perdido en algunos detalles parte de su belleza arquitectónica.

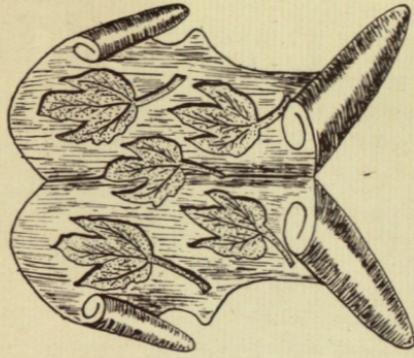
Blasonado con los escudos de los Figueroas y Toledos hállase el castillo de la «Corte de la Vera». Mandado edificar en el 1442 por D. Garci-Alvarez de Toledo, en la época que inicia el paso de las construcciones militares a las mansiones señoriales, participa del carácter de ambas. De las dos tendencias que había en la construcción de las mansiones señoriales, pertenece a las de forma regular y cuadrada, guarneciendo sus vértices con airosos torreones almenados. Como edificación mixta, en su piso bajo ocupan las cuadras y cuartel bastantes dependencias, quedando no obstante parte de uno de sus laterales para residencia de los señores, la que tiene un bonito y alegre mirador con cinco ventanales de arco conopial, de mucha belleza y rico arte. (Este mirador es el del emperador.)

Advertimos en la plaza de armas rasgos propios de patios



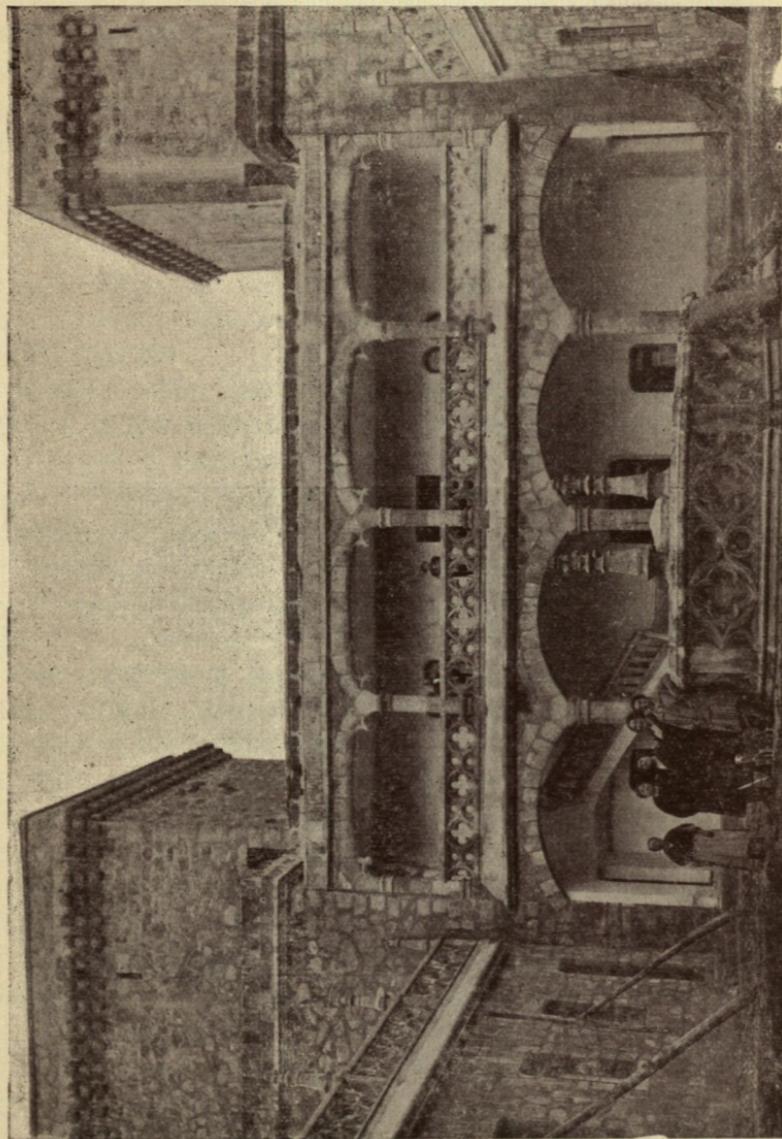
Escudo de los Toledos

(Dib. de Fernanda Castela)



Escudo de los Figueroas

(Dib. de Fernanda Castela)



Castillo de Jarandilla.—Plaza de Armas del Castillo

(Foto Diez)

de los «palacios urbanos» (1). Tiene al frente una doble arcada, especie de solana, con afiligranada barandilla, que luego continúa coronando la plaza—más bien patio de recreo—en sus cuatro laterales. Los arcos inferiores son rebajados y los superiores ascarzanos.

Las puertas principal y del puente levadizo son ojivales.

Por lo expuesto anteriormente puede observarse que el castillo no pertenece a un estilo determinado ni responde a las reglas de un arte fijo, sino que es un bello conjunto que toma y reúne armónicamente de varios sitios los elementos que lo integran.

Aunque poco conocido el castillo de Jarandilla por sus luchas y hechos belicosos, es históricamente uno de los más importantes de Extremadura, por haber sido residencia del emperador Carlos V. Cansado el monarca del trajín de la vida palatina, luego de renunciar sus coronas, decidió retirarse a un lugar ameno, alegre y solitario, escogiendo para este fin uno de los rincones más bellos que hay en La Vera: Yuste.

Con dirección a su última morada, salió de Valladolid Carlos I el 4 de noviembre de 1557, siguiendo por Valdestitillas, Medina del Campo, Horcajo de las Torres y Tornavacas. Para salvar el áspero puerto que separa este pueblo de Jarandilla, fué llevado en hombros por cuatro labradores del Guijo, pues a caballo no podía hacerlo por su delicado estado de salud, y en la litera corría peligro de que las acémilas se despeñasen.

Tres leguas tiene el mal camino del puerto, que desde entonces se llama «del Emperador», las cuales anduvo a pie D. Luis Quijada al lado del monarca. Llega con su séquito a Jarandilla el 14, y encuentra allí digna morada en el castillo-

(1) *Arquitectura civil española de los siglos I al XVIII*. Tomo I, por Vicente Lampérez y Romea.

residencia de los condes de Oropesa. Permaneció en esta villa más tiempo del calculado, porque eran poco gratas las noticias que circulaban acerca de Yuste. Respecto a él se decía, entre otras cosas, que la temperatura era muy extremada en invierno y verano, y que los monjes habían construido sus viviendas al Norte defendidas del calor por la Iglesia, mientras que las del emperador y los suyos estaban orientadas al mediodía.

Estas versiones obedecían, sin duda, al horror que los palatinos tenían a la vida de convento, y con ello lo que consiguieron fué convertir el castillo en lugar de intrigas y chismografías. El disgusto se hizo general, y hasta la reina de Hungría, su hermana, aconsejaba a Carlos V desistiera de su propósito y empeño de ir a Yuste. Esto dió motivo a que el emperador fuera personalmente a visitar el rincón elegido para la terminación de sus días, y cuando todos le esperaban contrariado, regresó diciendo (1) «que le había parecido muy bien y aun mucho mejor de lo que él creía y se lo pintaban, y que en todos los sitios de España hace frío en el invierno y calor en el verano, y que no desistía de vivir en Yuste aunque se juntase el cielo con la tierra».

Además de estas intrigas y rumores, detenían en Jarandilla a Carlos I la falta de dinero para pagar y despedir parte de su séquito y aun lo necesario para su manutención (2). «Había pedido a Sevilla 26.000 ducados de la pensión anual que se había reservado para el mantenimiento de su casa y para actos de beneficencia y caridad; pero este dinero tardó en llegar dos largos meses. Entre tanto, las remesas que la

(1) *Historia general de España*, de Lafuente. Tomo II. Parte tercera, capítulo 32.

(2) *Historia general de España*, de Lafuente. Correspondencia de Gaztelu, Quiñones y Vázquez de Medina desde Jarandilla. (Archivo de Simancas.)

princesa gobernadora, su hija, le enviaba, se consumían pronto; llegó el caso de tener que buscar prestado, y costó no poco trabajo reunir en todo el pueblo 2.000 reales para comer. Aparte del emperador y las reinas, a quienes no faltaba un trato decoroso en el palacio de Oropesa, los demás pasaban todo género de privaciones, carecían hasta de lo más necesario, no tenían para costear un correo, y el secretario pedía a Valladolid una remesa de papel de escribir porque en el pueblo no lo había. Sólo el emperador, no obstante las alternativas que sufría en su salud y con daño de ésta, se regalaba con los manjares más exquisitos que de todas partes o espontáneamente o por su mandado le enviaban.»

Descontando las intrigas citadas, propias de la vida palaciega, grata le fué la estancia en Jarandilla a la majestad imperial; de nada cuanto deseaba le faltó, exceptuando algunas estrecheces que debió sufrir, porque los vecinos del pueblo también carecían de aquello que él acostumbraba a tomar.

Muy a menudo salía a pasear solo por el pueblo, y simpatizó mucho con un niño de la familia Torrecilla, al que siempre llevaba de la mano y limpiaba cuando era necesario, y que sin duda hubiera ocupado un alto cargo en la nación si no hubiera muerto prematuramente.

Gustaba mucho al emperador pasear por los floridos jardines del castillo, y sobre todo en un huerto llamado de los Naranjos, que tiene la puerta junto al puente levadizo y al cual daban sus habitaciones.

(1) «Preguntó en una ocasión a un alemán de los de su servicio que le dijese que cuál tierra del mundo de las que había estado le parecía mejor, e hizo esta dilación, respondiendo así: «Lo mejor del mundo es España; y lo mejor de España es la provincia de La Vera; y lo mejor de La Vera es

(1) *Amenidades y florestas*. Ibidem, capítulo XV.

Jarandilla; y lo mejor de Jarandilla es la bodega de Pedro Azedo de la Berrueza; allí es lo mejor del mundo y allí quisiera que me enterraran para irme al Cielo, porque tiene el mejor vino del mundo.» Celebró mucho el emperador la respuesta del alemán; y sabido el caso por el tal Pedro Azedo, que era honrado y generoso hidalgo, le llamó a su casa, en compañía de otros sus amigos, y entraron en la bodega y gustaron del vino que en ella había; y después le dijo al alemán que cuál le parecía mejor de todo el vino que había en su bodega; el cual alemán señaló dos tinajas de las que mejor le parecieron, entre las demás de mejor olor, gusto y sabor. «Pues la una, dijo Pedro Azedo, será para el Emperador, y la otra para V. S.; y supuesto que mi bodega es la mejor del mundo y V. S. sabe ya el camino, véngase por acá siempre que gustare, que en todo tiempo será bien recibido.» Con que se partió a palacio muy contento y contó al Emperador lo que le había sucedido con el dicho Pedro Azedo de la Berrueza, que también lo celebró mucho, y más el dicho alemán cuando vió entrar por palacio las cargas de vino que Pedro Azedo había prometido.» Según la tradición, cuando murió el alemán, hizo el emperador que le colocaran en el ataúd una bota de vino de la bodega del Pedro Azedo.

* * *

Descrito a grandes rasgos el castillo de Jarandilla y la estancia en él del emperador, réstanos decir quiénes eran los señores de Oropesa, dueños de la fortaleza.

El país arde en luchas por dos reyes: legítimo y odiado el uno, intruso y usurpador el otro, manifestándose esta división de opiniones en todos los órdenes de la vida.

En el partido de Pedro I hay un hombre importantísimo, llamado D. Garci-Alvarez de Toledo, primer señor de Oropesa y dueño del señorío de Jarandilla, que intervino en mu-

chos sucesos de su vida. En el año 1359 lo hizo maestre de Santiago y mayordomo de su hijo D. Alfonso, que «estonces le nasciere de D.^a María de Padilla».

A semejanza del reino, la Orden de Santiago dividióse en dos partidos; como maestre de los adictos a D. Pedro, estaba Garci-Alvarez de Toledo, y de los de D. Enrique, D. Gonzalo Mejía (1). Estas discordias fueron obstáculo a que la Orden gozara de esplendor y grandeza, dando lugar en cambio a que continuara su decadencia.

Aclamado rey D. Enrique el 16 de marzo de 1366, en Calahorra, de esta ciudad pasa a Burgos, donde le juraron muchos hidalgos y procuradores, y de allí a Toledo, en la que el rey D. Pedro había dejado a «D. Garci-Alvarez de Toledo por Capitán, non ovo poder de facer al; ca muchos Caballeros de la cibdad querían que el Rey D. Enrique entrase, e todos tenían en Toledo el Alcázar e la puente de Alcántara, e muchos parientes e gentes en la cibdad según dicho es; e así se fizo. E por quanto venía con el Rey D. Enrique D. Gonzalo Mexía que se llamaba Maestre de Santiago, e estoviera con él siempre en Aragón e en todas las partidas do él anduviera, fué tratado que D. Garci-Alvarez de Toledo, que eso mesmo se llamaba Maestre de Santiago, dexase el Maeztrazgo al dicho D. Gonzalo Mexía e que el Rey D. Enrique diese a D. Garci-Alvarez por juro de heredad a Val de Corneja e Oropesa, e cinquenta mil maravedís en tierra» (2). Entre estos maravedises que Enrique II dió a D. Garci-Alvarez, figura el señorío de Jarandilla.

A pesar de prolongarse aún después de esto las fratri-

(1) *Historia de las tres Ordenes de Caballeria y de las condecoraciones de España*. (Publicada por varios autores, Madrid, 1864. Tomo I.)

(2) Biblioteca de Autores Españoles. *Crónica de los reyes de Castilla*. Desde D. Alfonso «el Sabio» hasta los «Católicos» D. Fernando y D.^a Isabel. Colección ordenada por D. Cayetano Rosell. Tomo I. Madrid, 1919.

das luchas, el único maestre de Santiago fué D. Gonzalo Mejía. Deja de ser con este hecho Jarandilla aldea de Plasencia y pasa a poder de los nobilísimos Toledos, señores de Oropesa.

Interviene D. Garci luego en la vida de Pedro I, y era tal su confianza en él, que en uno de los párrafos de su testamento le señala tutor de su reino y dice así: «E otrosí porque entre los de los míos Regnos non aya departimiento nin contienda sobre la tutoría de cualquier de los sobredichos que ovier a heredar el Regno, fasta que sea de edat al dicho Maestre D. Garci-Alvarez, e mando a todos los Perlados, e Maestres de las Ordenes, e Ricos Omes, e Caballeros, e Escuderos Fijos-dalgo de los míos Regnos, e a los Concellos de las cibdades e villas e logares de mis Regnos que lo ayan por Tutor de cualquier de los sobredichos que heredaren los míos Regnos, e le obedezcan, e usen con él en la tutoría segunt fue usado a los Tutores que fueron de los Reyes onde yo vengo» (1).

Le nombró además testamentario suyo, diciendo: «E otrosí que guarden al Maestre D. Garci-Alvarez eso mesmo su maestrazgo, e los oficios e lo al que de mí tien a su estado e su onra» (2).

Por las citas anteriores podemos formar idea del alto valor de la figura histórica de D. Garci-Alvarez, primer señor de Oropesa. Su sucesor fué D. Fernando Alvarez de Toledo, que no tuvo gran importancia, no ocurriendo así con el hijo de este segundo señor y nieto del primero, D. Garci-Alvarez de Toledo y Ayala. Este fué un distinguido placentino que, cuando Plasencia pasó a poder de los condes, por no sufrir la dominación de éstos se retiró a vivir a Jarandilla, pues veía con disgusto que otro no fuese el rey fuera señor de

(1) Ibidem.

(2) Ibidem.

Plasencia. Vivió en esta ciudad, hasta que se le dió a D. Pedro de Zúñiga al titularle conde. El tiempo que allí residió tuvo varias discordias con Fernán Monroy, y como los pueblos y territorios de uno y otro estaban tan cerca, las luchas se recrudecían y sucedían muy frecuentemente.

En la familia de los Monroy hacía entonces gran confianza el infante D. Fernando, que por su sobrino gobernaba el reino. Estos disgustos degeneraban a veces en luchas sangrientas, por lo que el rey D. Juan II «cortó estas reyertas mandando a Ayala, que era señor de Cebolla, con sus reales poderes para que los castigase y acabaran aquellas banderías y turbulencias» (1). El Monroy con quien el señor de Oropesa y Jarandilla sostuvo luchas era el padre de doña María la Brava; luego tan célebre por su valor.

Cuando D. Garci-Alvarez de Toledo y Ayala, tercer señor de Oropesa, se retiró a vivir a Jarandilla en el año 1442, mandó construir el castillo para su residencia. Era muy caritativo, y lo demuestra principalmente el apoyo que prestó a los monjes que fundaron el monasterio de Yuste, que más tarde había de ser una morada imperial.

A este gran caballero le sucedió D. Fernando Alvarez de Toledo, al que D. Enrique IV concedió el título de conde de Oropesa. D. Fernando es considerado como uno de los nobles más discretos y ejemplares de su tiempo. Se mostró muy servidor con el emperador, a quien visitaba a menudo en su retiro (2). Se cuenta entre los sucesores D. Duarte Fernando, virrey de Navarra y de Valencia. En 1802 la casa de Oropesa se unió a la de Frías. Desde 1891 la poseyó D. Guillermo Fernández de Velasco y Balfe.

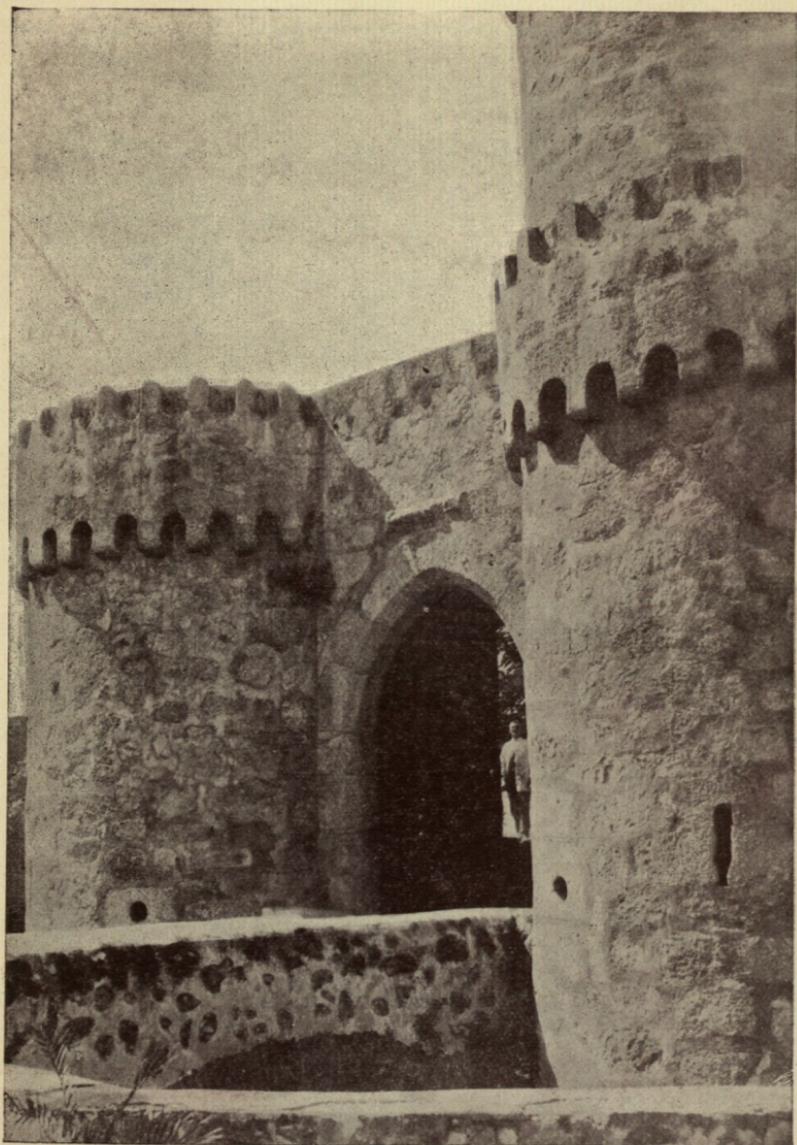
(1) *Las siete centurias de la ciudad de Alfonso VIII*, por D. Alejandro Matías Gil. Plasencia, 1930.

(2) *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V*. Santomera, Tomo II.

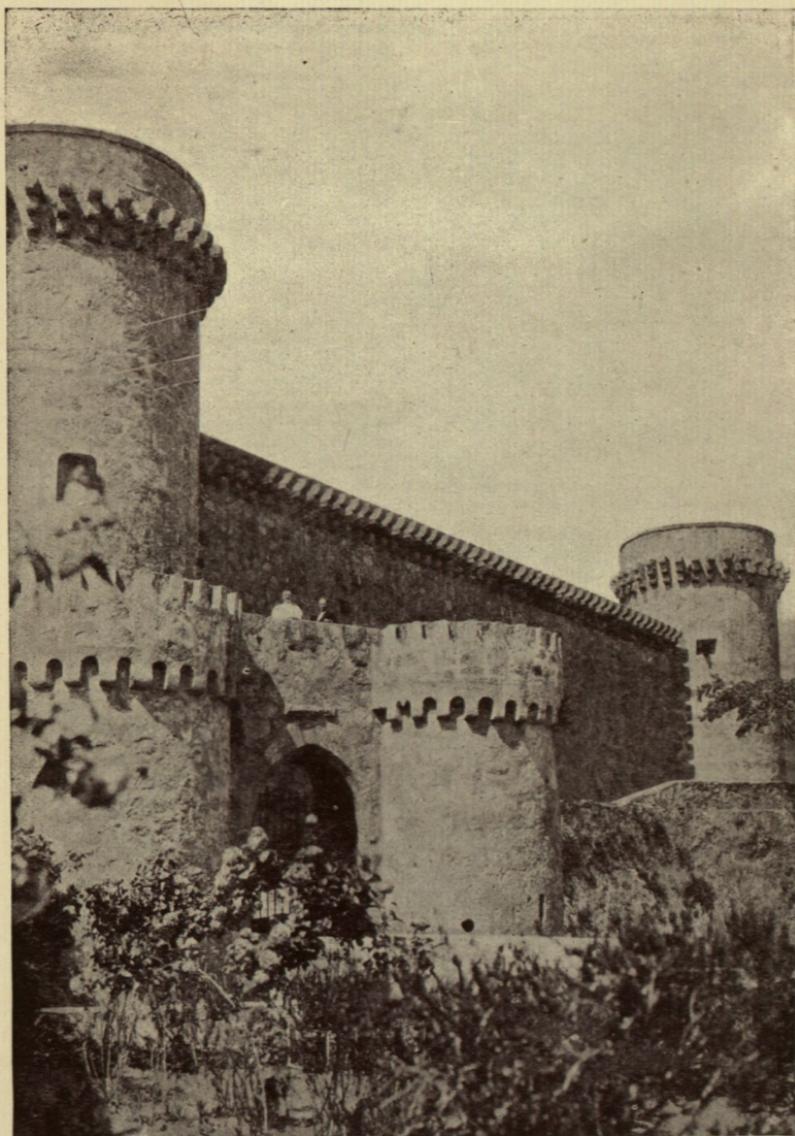
Por venir a menos la nobiliaria casa de Oropesa, pasó el castillo de Jarandilla a ser propiedad de un particular, que lo restauró convenientemente, notándose la intrusión de elementos modernos en su primitiva arquitectura.

FERNANDA CASTELAO.

Cáceres, mayo 1935.

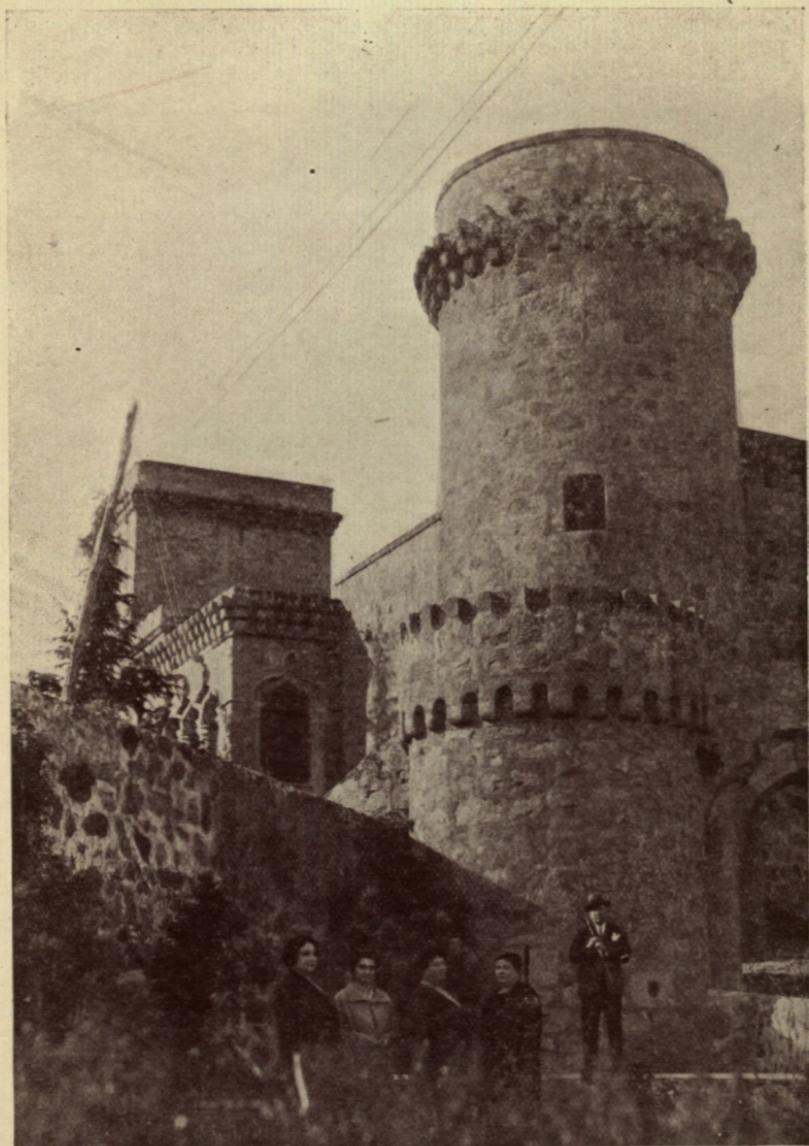


Castillo de Jarandilla.—Entrada al Castillo
(Foto Díez)

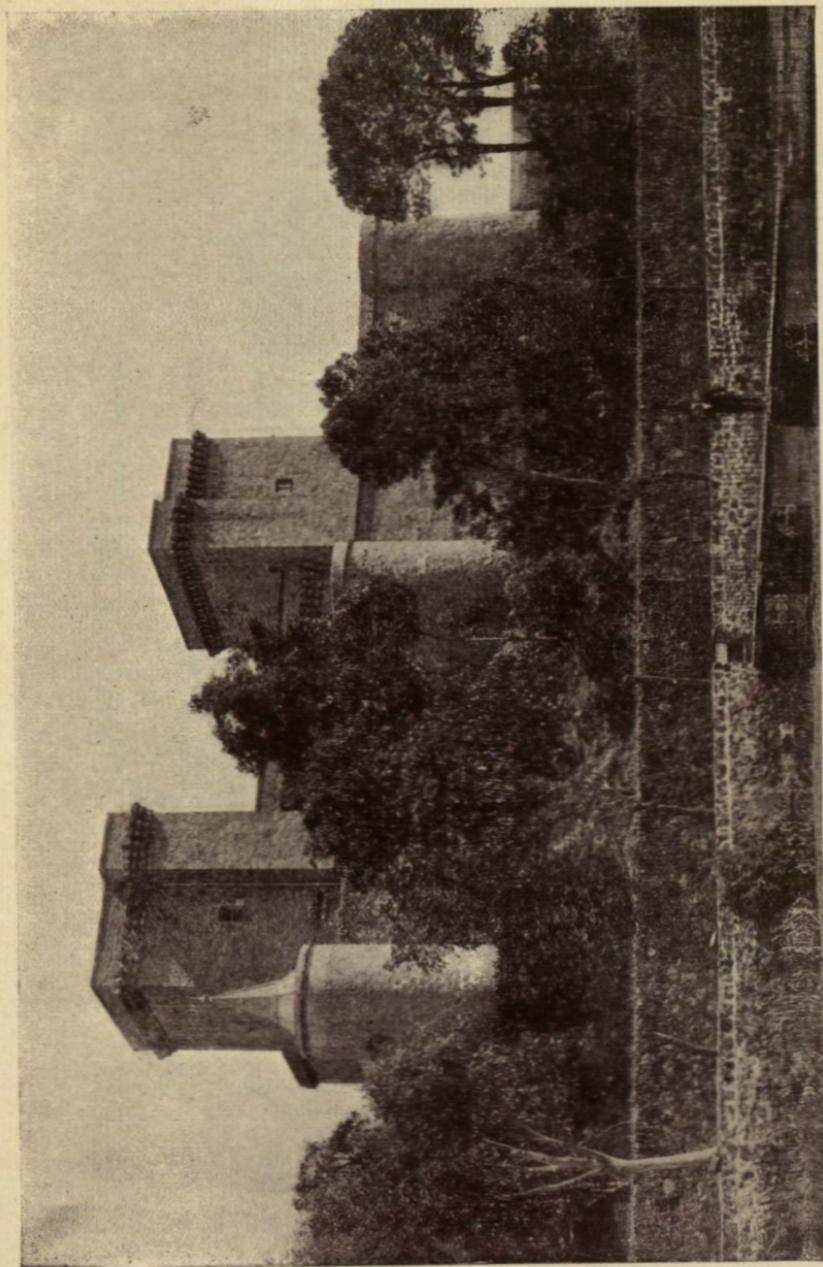


Castillo de Jarandilla.—Fachada principal

(Foto Díez)



*Castillo de Jarandilla.—Fachada al Poniente
(Fot. Diez)*



Castillo de Jarandilla.—Fachada Oeste
(Foto Díez)

Croquis del castillo
de
Jarandilla

